

Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

MENDES FRANCE, Pierre. *La república moderna; proposiciones*. Madrid, Aguilar. 210 p.

"El patriotismo verdadero es crítica justa y serena de la tierra de los padres y construcción fervorosa de la tierra de los hijos"—Ortega.

Dado que en esta sección se escribiera para hacer vaticinios o, con propensión, para echar apuestas, me atrevería a comenzar diciendo que este libro acerca de la interacción de las ideas y las prácticas políticas en el desarrollo del estado moderno ha sido o será muy poco leído en Colombia. Y eso que la ciencia política es fundamentalmente histórica, puesto que no puede aplicársele —y esto es cosa vieja de sabida y enseñada por Stuart Mill— los métodos matemáticos o deductivo abstracto, ni el experimental, ni el físico o deductivo concreto. Sin duda. Y no obstante lejos nos hallamos los colombianos de poseer tal vocación. Porque, en contraste con la firme y sólida inclinación de otros pueblos hacia las ciencias puras, a nosotros, creados dentro de la concepción del ornato y adorno del "espíritu" —un **humanismo desvergonzado** (1), ciertamente—, nos ha encantado la altisonante cultura del adjetivo. Entre nuestro yo social, puramente vago, y nuestro mundo privado, que es el de cada uno, interponemos siempre, a todo instante y lugar, la **debilidad** por lo que no hace muchos días Abel Naranjo Villegas llamaba la gramatiquería colombiana, distinguiendo en el ámbito histórico una religiosa en la colonia, una estética en la república y otra técnica en la época postrera —"encarnada en las últimas generaciones" (2). O sea en un excesivo afán de rigidez gramatical, de perfección aparente (3). Esto es lo que a muchos hace pensar que sobre nuestra realidad telúrica y social podrían florecer, al menos, la historia del arte, la sociología, la historia, la música, la filosofía o las ciencias políticas. Pero no. Escribimos y hablamos, hablamos... No puedo, claro está, demostrar ahora a qué se debe esto. Me parece, sin embargo, más fructífero indicar que las disciplinas económicamente improductivas y las productivas constituyen una unidad de dos contrarios dialécticos y no antinómicos. Son realidades de humana convivencia. Gracias a ello, y en la medida de su progreso, otros pueblos han podido ser verdaderamente grandes. Ellos —como Alemania, o Inglaterra— espi-

tualizan a su realidad material, la impregnan, la **humanizan** con la elevada sustancia de sus ideas. Por algo en *La tempestad* de Shakespeare, Ariel, el duende de las Ideas, empuja las ráfagas del viento.

Decía, pues, que este libro en nuestro medio tendrá seguramente una parva cantidad de lectores. Mas no me refiero, por lo pronto, a lectores **idealistas**. Esto es, a cuantos aquí sin mayores razones llamamos **intelectuales**. O expresado en otro giro: el país necesita, clama en el desierto de su desorientación de equipos dirigentes, la urgencia y apremio de encontrar un género de personas, de “gente bien”, desde Leticia hasta Riohacha y desde Puerto Carreño hasta Guapi que se interesen auténticamente por la cosa pública. Es decir, en los problemas nacionales cada vez más complejos y exigentes. Los cuales no son, por fuerza, los que a cada mañana nos gritan —para lograr subsistir económica y políticamente— los periódicos colombianos. Por eso son, dicho sea de paso, tan poco fecundas sus invitaciones para **ritornare al segno**, para “volver a la bandera”, a reagruparnos bajo el signo de las urgencias nacionales. No se espere, por supuesto, un remedio pronto o inmediato. Ya lo ha dicho un buen ensayista colombiano: existe un proceso de “privatización”, de retiro de la actividad pública de quienes estarían en condiciones personales, económicas y sociales para dirigir, digo yo, los **destinos del país** —expresándolo con un giro que saco del acervo verbal de nuestra cursilería política. ¿Entonces por qué no será característico de nuestra **sociedad**, de nuestra **colectividad**, de nuestras gentes calentanas y paramunas un sentimiento de repulsión con relación a la política? Para el colombiano actual esta, en efecto, enturbia nuestra “alma colectiva” o “espíritu nacional”: el **Volksgeist** de calidades robustas y miríficas. Lo mismo que su vida íntima. “Siempre que se habla de política, escribió Rafael Bernal Jiménez, un cierto sentimiento de repulsión se adueña de la generalidad de las gentes. Suscita esta palabra una actividad ruin, penetrada de intrigas, deslealtades, malas pasiones y apetitos subalternos. Es el arte de la componenda, de la cábala, de la genuflexión y de la abyecta conjura”. Sí; componenda, superchería, abyección. En una palabra: el reino omnipresente y omnipotente de los “gamonales” y “manzanillos”. ¡Cotidianas realidades humanas colombianas, esas que nuestra sociología criolla, queriéndolo o sin quererlo, se ha visto obligada a conferirles categoría científica! ¡Que parecen seres muy humanos, pero deshumanizados, mecanizados, tremebundizados!

Este mal, que ahora enfoco de soslayo, es tal vez el máximo mal del país. Es preciso, más aun, es perentorio buscar —para que nuestra democracia posea un mínimo grado de perfección— los medios y estímulos necesarios que eleven el número de personas que **voluntariamente** deseen asumir la responsabilidad de toda la comunidad: lograr que esta vea como positivities lo que en el presente entiende como hechos miserables, finitos y, por tanto, constituídos radicalmente por negatividades. Somos, y si se me perdona el exabrupto, los colombianos a este respecto unos animales que “tenemos mucho que decir”; somos insociables, aunque seamos, según pasa con frecuencia, sociables (4). Que quede entonces clara mi sospecha inicial: el libro de Pierre Mendès France tendrá poca acogida. Pero adviértase, como ya lo hice, que tal ausencia de lectores no se refiere a los **idealistas**. O a los literatos. O a los intelectuales con

ribetes de políticos. Los cuales, por lo general, son unos mismos. Sino a todo aquel sector de personas —gerentes, ejecutivos, empresarios, etc.— cuyo éxito en las **actividades privadas** ha sacado válida una de las frases más socorridas del **argot político** nacional. Quiero decir aquello de “el país nacional frente al país político”. Solo que para que sea exacta debe emparejarse con el adagio latino: **duo si idem dicunt, non est idem**, si dos dicen lo mismo... pues no es lo mismo. Porque, conste, ambos son a la vez iguales y desiguales, enajenados y libres. ¿Quién osaría afirmar, de no ser esta ambigüedad evidente, que son hoy perfectas las experiencias del sector privado del país?

Tengo para mí, además, que las ideas de Mendès France, expresadas sin decires y tejemanejes, aun en estratos superiores a los que voy a llamar con sentido estadístico la “mediana” cultura del país, encontrarán la misma incompreensión que acabo de anotar, aunque todo esto, como se comprenderá, son aspectos que confluyen en una sola situación. Pues si nos colocamos en el-hoy-de-nuestra-cultura y lo comparamos con lo que han pensado nuestros contemporáneos de allende el Atlántico, automáticamente debemos retirarnos con ese hoy nacional por lo menos hasta el 1930 de aquellos. Desde este punto de vista, conviene que nos preguntemos: hacia esta fecha, ¿qué creía el mundo de Occidente, culturalmente desde luego? En tanto que iban y venían los días, se enfrentaban dos realidades irreductibles, a saber: el “espíritu” y la “materia”. Así la vida se resolvía para los materialistas en componentes físicos y químicos. Según ellos, la perspectiva propiamente humana era un fenómeno que, en el mundo, se daba por añadidura. Por esto las instituciones, los valores, las palabras, las obras de arte remitían, dentro de semejante sistema, a las necesidades y deseos elementales de todos los organismos. Tenemos pues, que la existencia se reducía a un trozo de materia y, en última instancia, a un haz de mecanismos. ¿No explicaba acaso el psicoanálisis inicial las conductas más recónditas y complejas del hombre adulto por el instinto, y particularmente por el instinto sexual? Y ¿sabemos lo que significaba allí instinto sexual? Nada menos que una composición de fuerzas que están fuera del alcance de nuestra conciencia, antes de la edad del control racional y de la relación propiamente humana con la cultura. Así, la **naturaleza humana** —en los espiritualistas— tenía como atributos exclusivos la justicia y la verdad, del mismo modo que el ave tiene el pico y las alas. Las “cosas del espíritu”, se decía, son nobles por sí. Lo demás, cuando se reparaba en ello, y obviamente se reparaba muy poco, casi nada, se veía, se veía con el rabillo del ojo; o sea “por lo bajo”. Es la subvaloración de la materia (5), del cuerpo, a través de un velo de candor y de “amor” infantil. Lo que era **espiritual**, por el mero hecho de serlo, renunciaba a tener una pizca de materia. O al revés. “Tu no eres yo”, como en el verso de Valéry. La antinomia no podía ser más patente: el espíritu es lo culto, lo expresivo; la materia es... ¡Dios Santo!, lo inmundo.

Y esto precisamente era lo que deseaba hacer notar. Que la vida del hombre estaba repleta de nociones separadas y de absolutos. Existían, por ejemplo, el valor absoluto de la moneda y nadie pensaba que podría ser un simple medio del funcionamiento económico; igualmente existía

el absoluto del Estado. También el del individualismo y, claro está, el de su contraparte: el colectivismo. Más aún; nadie tenía derecho a existir si no era dentro de estos moldes excesivamente rígidos. Reléase la literatura política y no política europea de 1930 donde se absolutiza la nación, se absolutiza la literatura, se absolutiza el partido, se absolutiza el espíritu. Existían los valores y además las cosas, el alma y afuera el cuerpo; en fin: lo interior y lo exterior. Por este motivo la política tenía que ir aparte de la economía y viceversa. ¿No era esto utópico? ¿No se corría el riesgo, como efectivamente se corrió, de llevar a los hombres y naciones a gestos y actos hiperestésicos, a colocarlos frente los unos a los otros? Porque había abuso sustancial de las formas de vida humana. Evidentemente, tal excesiva y absurda polarización de los espíritus trajo el rebozo de tanta situación saturada: la “demencia genocida” de la segunda guerra mundial. Dejemos, no obstante, el asunto indicando apenas una cosa. Los años posteriores a 1945 borraron la línea divisoria que se había trazado, tajante, entre los superlativos. Ciertó; de allí en adelante se comenzó a distinguir una asociación completamente nueva del “espiritualismo” y del “materialismo”, del pesimismo y del optimismo. Ser realidad humana, sin más, y a la vez ir modificándola, mejorándola.

Pues bien; el pensamiento de Pierre Mendès France representa, en su país, las corrientes que más o menos a partir de 1945 buscan una síntesis, o, lo que para mí es igual, una tensión continua, que crea, que innova, entre las fuerzas si no antagónicas al menos distintas del mundo contemporáneo. Basta para comprenderlo citar los supuestos de su obra aquí reseñada: sostén y fecundación recíproca de lo político y lo económico; equilibrio de poderes; estabilidad de gobierno exenta de todo poder personal; un legislativo no entorpecedor de la obra del ejecutivo, pero desempeñando el papel de control que le es propio; nuevas instituciones políticas surtidas de los necesarios órganos de una democracia económica; bicameralismo, con una segunda cámara, en que se hallen representados los grupos sociales y los intereses profesionales, fuerzas nuevas a las que el Estado debe reconocer un papel y que deben participar en su funcionamiento; acción creciente del Estado en la vida económica; audaz promoción del sindicalismo; descentralización político-económica; participación efectiva de los ciudadanos en la determinación de una política y un plan, es decir, el pleno empleo al servicio de los objetivos democráticos.

Por eso comienza con estas líneas: “yo desafío a cualquier hombre político, a cualquier partido, a emprender mañana una auténtica democratización de la enseñanza, a modificar la distribución de la renta en provecho de las clases desfavorecidas, a asegurar el control por el Estado de ciertas posiciones dominantes de la economía, a asegurar, en lo sucesivo, el respeto de las libertades fundamentales y de los derechos del hombre, a hacerse obedecer por un ejército que esté identificado con la nación..., si los problemas institucionales no han tenido previamente una solución correcta o, lo que es igual, si previamente no se han elegido las palancas que para ello convendría emplear. Se habrá dado un gran paso el día en que una importante fracción de ciudadanas y de ciudadanos de este país adquiera conciencia de tal situación y de los deberes que de ella se desprenden”. Y más adelante: “la democracia no consiste en depositar

episódicamente una papeleta de voto en una urna, en delegar los poderes a uno o varios elegidos y después desinteresarse, abstenerse y enmudecer durante cinco años. La democracia es acción continua del ciudadano no solo sobre los negocios del Estado, sino también sobre los de la región, el municipio, la cooperativa, la asociación, la profesión. Si esa presencia vigilante no se deja sentir, los gobernantes —cualesquiera sean los principios en que se inspiren— los cuerpos organizados, los funcionarios, los elegidos, bajo influencias de presión de toda suerte de grupos, llegan a abandonarse a sus propias debilidades y ceden fácilmente, bien a las tentaciones de la arbitrariedad, bien a las rutinas y a los llamados derechos adquiridos. La democracia solo es eficaz si existe por doquier y en todas partes". Nótese, en consecuencia: lo que se propone el autor es sentar los cimientos y dar las directrices para instaurar una verdadera democracia, a la vez política y económica en un país moderno. Democracia política y planificación económica, he ahí el plan.

!Cuan lejos está todavía la ciencia de nuestra organización política y administrativa colombianas de facilitar la realización de una **república moderna**! Porque aún no sabemos —y esto es lo definitivo, lo verdaderamente importante, cosa que me obligó a decir arriba unas cuantas cosas sobre la problemática cultural del país— ni siquiera si con nuestra idiosincrasia podemos llegar a ella. Es que no satisface, ni basta, ni convence promulgar, con cirugía de urgencia, la construcción de mejores instituciones políticas si a estas no se les provee de los órganos de la democracia económica. Y al revés. O si hay impotencia para discernir, para mandar, para concebir, para construir. Y, sobre todo, si existe un anómalo proceso de "privatización" de los mejores hombres. Si, en efecto, la nación se agrupa aun en los **idola tribus**: si cada uno va por su lado y con su tribu. ¡Como que se trata de la infra-nación misma! Digámoslo con Mendès France: "un régimen no puede vivir, durar —mucho menos triunfar—, más que cuando reposa sobre una clase estructurada o sobre capas bien definidas de la población, si goza del concurso activo de los que las componen y tienen conciencia y voluntad de participar en una obra común". Nada más.

Y, sin embargo, permítaseme parafrasear a John H. Glenn: **preferamos anticiparnos al porvenir que esperar... lo que suceda**. Mientras no se haga esto, mientras los hombres que conducen a nuestro país —en todas las actividades, se entiende— **no asuman la responsabilidad del porvenir de Colombia** nuestra historia, la extensa y la intensa, continuará siendo eso que hasta ahora ha sido, sin darse ellos cuenta últimamente de su por qué: **una colcha remendada de ensueños y pesadillas** (6).

NOTAS

(1) La expresión es de Maurice Merleau-Ponty, y se encuentra en su libro **Signos**: una obra que irradia pensamientos para nuestra época. Por eso será, en una entrega próxima, presentada en esta sección, donde a veces puede correrse el riesgo de construir una **aporética**; es decir, "una conversación discutiadora entre solitarios, que tiene lugar dentro de un hombre solo en soledad".

(2) Últimas generaciones! He aquí algo bien vago. ¿Cuáles son? ¿Quiénes integran esas generaciones? Pues... los nadaistas, los subcuadernícolas, los economistas

jóvenes, los señoritos de chivera y yo no se cuáles otros más. Sin embargo, esto es puro verbalismo, puro trópico y pura maraña. "Sed subanos, sed rusos o chinos, a vuestro gusto, ser africanos", ¡es lo mismo! Por lo que a mi criterio toca, en un libro—**Estática y dinámica de las generaciones colombianas**— procuro acabar con este mito de los andróginos. Solo que para llamarlo así se debe entender por el revés. Ya que tal mito simboliza lo que nos falta, y acá se trata de algo que nos sobra, a saber: como en la torre de Babel, generaciones sobre generaciones. Y solo también que el escritor colombiano, pero en especial a aquel carente de dinero y del tacto de los codos, tiene que jugarse su intelecto a un más allá; el cual se llama imprenta o casa editora...

(3) Este afán de letra menuda alcanza, desde luego, a la "generación" de los técnicos. Me ha tocado ver, por razones que no necesito exponer, cómo se hace repetir multitud de veces una monografía, un informe, una carta, para cambiar, por ejemplo, un "virtualmente" por un "prácticamente". Es, como ha dicho Mallarmé, la pieza gastada que se les pone en la mano.

(4) Creo que no exista colombiano que olvide el escándalo y fullería que arman nuestras "cadenas radiales" cuando ocurre un accidente. Pero ¿hemos visto algo más que esto? ¡"Eran unas mujeres desnudas que se estaban bañando en otro sitio"!

(5) Debo recordar que hoy se habla más de campo que de materia. Véase: **Teoría del primer campo**, por Benjamín Bilbao.

(6) Dejo deliberadamente muchas cosas importantes —de política, y que al leerlas nos proyectan al rojo vivo sobre la política colombiana— por fuera y que el autor trata con maestría. Pues el caso es que, dado el marco rigurosamente cultural y en ningún momento político de este Boletín, me tocaría disfrazarlas con adjetivos y eufemismos. Para lo cual no estamos ni su director ni yo. Pero esto no quiere decir por lo menos dos cosas: primera, que no haya reparado en ellas, y segundo, que acepte, como escritor y hombre, las no man's land, las zonas neutras. En efecto, hace mucho aprendí la enorme lección que se desprende de esta pregunta: "¿Quién estará ahí para oír si yo me dejo ganar totalmente por un dios sordo?"